

a partir del concepto de «decisión» y «apertura» en *Ser y tiempo*, de Heidegger; *La ofrenda sublime*, bella disquisición sobre lo sublime en el arte, abundando en los textos de Kant al respecto; *El corazón de las cosas*, una reflexión fenomenológica sobre «la cosa», que utiliza la «cosa en sí» kantiana y la coseidad en tanto que pura esencia (Hegel) junto al mero «estar ahí». Finalmente, quiero señalar que todos los ensayos parten de enfoques originales y sugestivos. La traducción ofrece galicismos y algunos términos y giros no muy ortodoxos en castellano, algunos de los cuales no sé si serán forzados por el original francés. Creo que la traducción, sin juzgar sobre su fidelidad a los contenidos del texto, contribuye algo a la oscuridad del discurso.—ENRIQUE BORREGO.

DOLBY MÚGICA, M.^a DEL CARMEN, *El hombre imagen de Dios. Visión antropológica de San Agustín*. Colección de pensamiento medieval y renacentista, n.º 26 (EUNSA, Pamplona, 2002). 258 pp.

Segunda edición, puesta al día, de la obra publicada en 1993. El libro trata del hombre como imagen de Dios a lo largo de toda la elaboración filosófica y teológica de San Agustín. El tema se gesta en San Agustín desde sus primeros contactos con el círculo neoplatónico de Milán, que le hace comprender la existencia de realidades espirituales y le aporta la recta comprensión del versículo del *Génesis* (1,26), en el que se habla del hombre como imagen de Dios. En contraposición a la postura maniquea, San Agustín descubrirá que la imagen de Dios hay que buscarla en aquello que el hombre tiene de espiritual, su mente, lo más elevado del alma. Esta es la tarea que emprende y culmina en su obra *De Trinitate*, en la que describe la verdadera imagen del Dios trinitario en el hombre y en la que realiza unas bellas y profundas comparaciones entre la Trinidad de Dios y la imagen de esta trinidad en el hombre. San Agustín logra así una perfecta síntesis entre la filosofía platónica y el cristianismo. Esta concepción agustiniana es una aportación a la antropología filosófica, pues proporciona una profunda visión del hombre como ser personal, visto desde Dios. Elaborado desde una visión metafísica, este estudio puede ser útil para unificar desde una perspectiva más elevada las múltiples conocimientos que sobre el hombre nos aportan continuamente las otras ciencias.—J. P.

HENRY, MICHEL, *Encarnación. Una filosofía de la carne* (Ediciones Sígueme, Salamanca, 2001). 350 pp.

Como aparece en la solapa del libro: «El propósito de este libro ha sido ahondar en la encarnación, para iluminar nuestra carnalidad.» Quien lo lea no podrá menos de asombrarse hasta qué profundidades ha conseguido, de verdad, ahondar en la encarnación. Y verá también cómo se realiza ese ahondamiento, con análisis filosóficos exhaustivos, exactos, rigurosos, coherentes que ofrecen una visión sublime «para iluminar nuestra carnalidad». Así consigue, de hecho, «el filósofo francés indaga(r) de nuevo en la entraña cristiana tratando de esclarecer lo que todo hombre es». Para ello, Michel Henry recurre a una inversión de la fenomenología: «Asistimos entonces a la inversión de la fenomenología gracias a la cual se deshacen sus múltiples aporías... Al oponer al aparecer ek-stático del mundo, que domina el desarrollo del pensamiento occidental a partir de Grecia, un modo de aparecer más originario, la auto-revelación inmanente de la vida en su pathos invisible, la fenomenología de la vida propone a la investigación tareas por completo nuevas» (119). Nada extraño que con este modo y método nuevo se nos ofrezca una visión también nueva del hombre, definido ya, no como animal racional, sino como «carne». Se trata, por tanto, de partir, no del Logos, de la Razón, sino del Logos de la Vida. Y para esa elucidación sistemática, Michel Henry ofrece una ciencia correspondiente, la ciencia de una inversión de la fenomenología. Indagando en ella y con ella nos encontramos con una terminología renovada de propio cuño, adecuada a la nueva ciencia fenomenológica. Así se lo exige su

profesión: «para nosotros fenomenólogos post-husserlianos, o sea, no-griegos, el presupuesto cristiano adquiere una significación decisiva... Lo que tenemos que decir es que la nueva inteligibilidad que exige la elaboración de la cuestión del cuerpo, dado que nuestro cuerpo no es un cuerpo, sino una carne, es totalmente ajena a la que nosotros entendemos desde siempre bajo el título de inteligibilidad» (330). Consecuentemente, descubrimos una concepción radicalmente nueva del «cuerpo», dado que «de esta inteligibilidad platónica de la contemplación, o de sus sustitutos modernos, sólo nos revela la percepción mundana de nuestro cuerpo en calidad de cuerpo de carne (Leibkörper) ...» (330-331). Desde Platón y del pensamiento griego hasta nuestros días, Michel Henry examina lúcidamente el o los distintivos característicos de los grandes hombres que han configurado, hasta Husserl, la filosofía. Y se siente justificado para concluir: «¿no conviene sustituir aquí, en calidad de supuesto fenomenológico último, el aparecer del mundo por la auto-revelación de la Vida? Se dan entonces todos los elementos constitutivos de tal revelación, no como meros "hechos", sino en su posibilidad trascendental, y se disipan todas las aporías del pensamiento clásico o de la fenomenología contemporánea» (314). Y termino con una observación. Leí, antes, su libro *Yo soy la verdad. Para una filosofía del cristianismo*. Y escribí entonces: «La concepción de su nueva antología fenomenológica es, en la exposición de este libro, brillante, lógica y hasta genial en ocasiones. Sólo que el lector no puede evitar una sensación de inconsistencia fundamental en su teoría.» Ahora, en cambio, debo decir que, con la lectura y estudio de este libro *Encarnación* no podría repetir lo que entonces dije: «Pero ahí queda esa especie de ausencia radical en su fundamentación. Se tiene la impresión de que sus elucubraciones y sutilezas superan las metafísicas de Hegel, a quien tan severa y acertadamente juzga, quedando, por otra parte, tan al aire en su construcción filosófica cristiana como la idealista de Hegel.» En nuestro caso, la visión genial que nos ofrece Michel Henry en su *Encarnación* aparece sólidamente fundada. Ojalá se anime el lector-estudioso-pensador a juzgarla por sí mismo.—ROMAN GARATE.

CORTINA, ADELA, *Alianza y contrato: Política, ética y religión* (Edit. Trotta, Madrid, 2001). 182 pp.

El tema de la ética suscita siempre un gran interés en los momentos actuales, merced a las injusticias sociales que parecen dominar en muchas sociedades. Este libro centra su atención en ese aspecto. A ese fin, divide su materia en seis extensos temas, articulados estrechamente entre sí. El primero describe los vínculos humanos, a la luz de dos descripciones de fácil acceso para todos. En una, A. Cortina expone el relato del Génesis: «No es bueno que el hombre esté solo»; y, en otra, el reconocimiento del hombre acerca de la mujer, como carne de su carne y hueso de sus huesos, para plasmar gráficamente la igualdad de todas las personas, sin discriminación alguna. Al amparo de esta descripción bíblica, describe la capacidad de todo ser humano para hacer libremente contratos de toda clase. A. Cortina pasa de ahí al examen del contrato político de Thomas Hobbes, para valorarlo críticamente desde diversas ópticas. Por eso, pone ella de manifiesto que el hombre no sólo es un animal con capacidad para hacer contratos políticos, sino que está sobre todo dotado para vivir en una sociedad civil; más aún, está inclinado naturalmente a ser ético, a la luz de la justicia, al igual que su dimensión más profunda es la de la religión, aunque expresada a veces de formas muy dispares. En el siguiente apartado temático, Cortina traza las líneas configurativas de las libertades fundamentales del hombre, por una parte, y sus derechos incontestables, por otra, conforme se desprenden de su misma condición natural, avalada además por la historia de la humanidad. Ésta ha sido medida a la luz de su conformidad o no con la justicia, que es connatural a toda persona. El tercer tema pone al descubierto el paso del individualismo a la comunidad política, connotando por este título que el hombre es comunicativo por su propia índole. En concreto está hecho para vivir en una sociedad civil, dentro de la variedad plurifacética de formas que dicha sociedad ha